

interesaba entonces en aquellos amores, procurando favorecerlos hasta los Soberanos mismos. El anciano Roberto, rey de Nápoles, por ejemplo, regalando una rosa á Laura, creyó oportuno darle otra al mismo tiempo á Petrarca. Admiramos, y nunca será bastante, la exquisita sensatez, y cándida rectitud de corazón de aquella muger, que acertaron á preservarla hasta de la acción deletérea de la lisonja, que es el mas seguro de todos los venenos.

Hasta el momento, ni el estudio habia hecho mas que arraigar el amor en el corazón de Petrarca, ni los viages conseguido distraerle de él siquiera: un acontecimiento, el mas importante de su vida, vino á dar treguas á su penar.

Quizá no se acordaba Petrarca, como lo pretenden Gínguené y con él otros muchos, de los *Juegos Capitolinos*; sino del *combate* del mismo nombre. Aquellos, los *Juegos*, instituyéronse en memoria del Capitolio salvado de los Galos; mientras que el *combate*, institucion mucho mas moderna, fué debida á *Domiciano*, y era simplemente un *Certámen* entre poetas.

Inflamada, nos dice Gínguené, la imaginación del Petrarca, por la creencia en que estaba de que, según la tradición, Virgilio y Horacio habian en aquel combate sido laureados, aspiró ambicioso á ceñirse la misma corona. Por complacerle hicieron sus amigos renovar la antigua costumbre: Roma y París ofrecieron á un tiempo el laurel á nuestro poeta; y Roma obtuvo su preferencia, después de algun tiempo de vacilación.

Salió pues de Aviñon para Roma por la vía de Nápoles, en cuya capital su rey Roberto, príncipe docto y amante de las letras, no solo le acogió espléndidamente, sino que habiéndole hecho leer su poema del Africa, quedó de él tan pagado que en un raptó de entusiasmo quiso por su propia mano coronarle. Alegando el compromiso con Roma contraído excusóse Petrarca de aquella prematura honra, mas rogó al Monarca que le hiciese *examinar públicamente*, para que se viese si era ó no digno del triunfo que le esperaba. Tres dias duró el exámen, acreciendo sus resultados la gloria de nuestro poeta: mas aun así nos será licito deplorar que, por un exceso de vanidad, creyera necesario probar de nuevo con palabras lo que tan probado tenia ya con sus escritos.

Diez dias después de su llegada á Roma fué al cabo coronado: mas

hubo entonces de convencerse de que así como la pasión saciada no aquieta el corazón, tampoco la ambición satisfecha da paz al espíritu. Así se infiere claramente de su propia confesión en estas líneas.

« La corona no me ha hecho ni mas sabio ni mas elocuente: para lo que ha servido es para desencadenar contra mí á la envidia, y para privarme del sosiego de que antes gozaba. Desde que fui coronado vivo en continua alarma; háñeme hecho enemigos hasta mis propios amigos; y sufro en fin la pena de mi presunción y de mi audacia. »

Un solo corazón, acaso, se regocijó sinceramente en el triunfo del Petrarca: el de Laura; porque imposible nos parece que tanta ternura y tal constancia, que la abnegación y delicada reserva del poeta, ya que no amor, al menos no inspirasen amistad. La verdad es que Petrarca ansioso de aparecer en el esplendor de su gloria, mas ante Laura que ante nadie, emprendió así que pudo la jornada á Aviñon, atravesando la Lombardia. Mas en Parma se detuvo á visitar á su amigo *Azzo Corregio*, quien á pretexto de dar la libertad á aquella ciudad acababa de someterla á su propio yugo. *Azzo*, quizá con la esperanza de ganarse quien, cantándole, le inmortalizara, no hubo seducción á que, para fijar en Parma á nuestro poeta, no acudiese. Al hombre imbuido en las tradiciones de la antigua Roma, pintábase las mejoras que en la ciudad trataba de realizar, las reformas administrativas que proyectaba, los tributos que iba á suprimir, y la *libertad* que restablecería.... cuando las circunstancias lo consintieran. Al poeta mostrábase en perspectiva el lujo, la vida fácil, las larguezas seguras; y al amigo, en fin, ofrecíale una completa independencia.

No pudo resistirse Petrarca á la amistad de *Azzo*; mas, amante siempre de la soledad, si consintió en establecerse en Parma, fué á condición de vivir retirado, comprando al efecto una modesta casa con su jardín regado por un arroyuelo. Allí dió la postrera mano á su poema del Africa.

Pero en su nuevo asilo, como en todas partes, el recuerdo de Laura le inquietaba. Tal fué el destino de aquel hombre, constantemente solicitado por dos amores: el de Laura, y el de su patria, entre los cuales osciló constantemente, sin acertar á fijarse en ninguno.

Un suceso político, que tal vez realizó las secretas aspiraciones de su corazón, vino á llevarle de nuevo á Aviñon. Acababa Clemente VI de ser

elegido á la dignidad pontifical; y enviábanle los Romanos una diputacion para pedirle, entre otras gracias, que restableciese en la ciudad eterna la cátedra de San Pedro.

Petrarca, ciudadano romano en virtud de la coronacion en el Capitolio, fué uno de los diputados de Roma. ¡Iba pues otra vez á ver á Laura! — Abandonando en efecto, con dolor, nos dice él mismo, sus caros estudios, marchó á donde el cautiverio le esperaba, para imponerle de nuevo la antigua cadena, no menos indestructible, pero mas leve y flexible entonces que en otros tiempos. La auréola de gloria que á él le rodeaba, por una parte; y por otra la edad que á Laura habia envejecido y fortificado con la salvaguardia de una numerosa prole, y la confianza que inspiran una conciencia pura y una virtud probada, prepararon de consuno al poeta mejor acogida que de costumbre. Ya Laura no evitaba su presencia; antes en verle parecia complacerse, como gozar en sus triunfos: mas no por eso hubo entre ellos intimidad alguna. ¿Qué significaban, qué valian esos públicos favores para el hombre que habia dicho: « si tengo la » desgracia de veros envejecer, tendré tambien la osadía de revelaros » mis incesantes tormentos; y ya que sea pasado el tiempo de tempranos » amores, espero al menos algunos tardíos suspiros? »

Tenia Petrarca el espíritu flexible y apasionado, y por tanto ligero: á los que en el estudio moral del hombre se ocupan toca averiguar, si la constancia de corazon de que dió irrecusables pruebas, era ó no un contrapeso indispensable á la movilidad del espíritu.

Poco tardaron las circunstancias en dar nuevo pávulo á la actividad que le devoraba, con la muerte de Roberto de Nápoles, que dejó en pos de sí dos nietas, de las cuales la mayor, Juana, adquirió después tristísima celebridad con sus crímenes y sus desdichas.

A la edad de nueve años Juana fué desposada con Andrés, príncipe de Hungría, que contaba seis á penas: dicho se está cómo se entenderian aquellos esposos, que á la muerte de Roberto llevaban ya dos lustros de casados. Como soberano feudal del Reino de Nápoles, reclamó el Papa la tutela de Juana, y para representarle y sostener sus derechos eligió á Petrarca: mas como no entra en nuestro propósito referir de su vida mas de aquellos sucesos que directamente se enlazan con la de Laura, conten-

tarémosos con decir que, acabada su mision, regresó rebozando de júbilo á la ciudad que aquella habitaba. Por su parte Laura recibióle con tales nuestras de alegría, que el enamorado hubo de concebir atrevidas esperanzas, y aun presumimos que de tratar de aprovecharse de aquel favor de la fortuna, pues que nuevos rigores vinieron á desengañarle dolorosamente.

Apoderándose entonces de su alma la negra misantropía, resolvió decir adios para siempre á aquella ciudad *bendita y maldita* á un tiempo, que ni habitar ni abandonar podia sin que el corazon se le desgarrase. Cuando se despidió de Laura, « vióla — dice Ginguené, que de las obras del mismo Petrarca extracta estos pormenores — vióla en cierta sociedad » deseñoras á que habitualmente concurría, sin tocado ni adorno alguno, » seria y pensativa, mas triste que cuando por vez primera se separaron. » Petrarca, preñados los ojos de lágrimas, retiróse hondamente conmovido, sin proferir palabra, y procurando en vano ocultar el llanto; » Laura le siguió con una mirada tan penetrante, tan tierna, que para » siempre quedó grabada en su corazon y en su memoria. Un triste sentimiento advertia á entrambos de que no volverian mas á verse, » y no les engañaba el corazon: su presentimiento era mas que fundado! »

Describenos Petrarca vivamente la inquietud que le atormentara durante los viages que hizo á diferentes ciudades de Italia antes de fijarse en Verona: pronto justificaron los sucesos aquel sentimiento.

Una horrible plaga, procedente segun la comun creencia de la China, y elocuentemente descrita por Bocacio, asoló durante dos años la Europa, despues de haber diezrado el Asia. Sus estragos comenzaron á hacerse sentir en el condado de Aviñon, en Enero de 1348; y desde que tal supo Petrarca, redoblaron en su corazon las angustias del fúnebre presentimiento, y ensueños siniestros le hicieron imposible el reposo... Sin embargo aun le alentaba la esperanza el 1º de Mayo cuando supo que Laura habia espirado el 6 de Abril á las seis de la mañana... El mismo dia del año y á la hora misma en que por vez primera la habia visto en la iglesia de Santa Clara.

Si aquella muger amaba en efecto; si el deber solo sometió en su pe-

cho la pasión ardiente; si á Dios hizo el inmenso sacrificio de gozarse veinte años en su propio martirio; recibió en la muerte la sola recompensa á su virtud proporcionada, yendo á incorporarse en la tribu de los *Elegidos*, en la cual ya en la tierra la contaba el gran poeta llamándola « *Vera amica di Cristo et d'onestade* (sincera amante de Cristo y de la honradez).

Al terminar este boceto ¿ detendrémonos á refutar á los que han querido hacer de Laura, no como quiera la dama de Petrarca, sino una vil cortesana? — No por cierto: hay hombres que, como las moscas, se complacen en empañar hasta los cristales.

Basta leer los sonetos de Petrarca para tener evidencia de la pureza de la que amaba; y no se diga que enamorado discreto quiso salvar el honor de su dama, porque si ese honor no estuviera intacto, vanos fueran sus esfuerzos. En tan largo tejido de imposturas — admitiendo el supuesto — ¿ á qué hombre no se le escapara una palabra, una frase, un verso siquiera, que partiendo del amor satisfecho, sobrara á revelarnos el engaño, y dar al traste con todo el hipócrita artificio?

Pero hay en el asunto otra cuestion mas seria y que ha preocupado larga y hondamente así á los eruditos como á los criticos. ¿ Amó Petrarca realmente á Laura, ó no fué esta para él, como dice Voltaire, mas que un *Iris* en la atmósfera, un tema obligado de sus sonetos?

Por nuestra parte hemos anticipadamente contestado á esa duda, probando que en el fondo de las poesias italianas de Petrarca se halla siempre el rastro animado de la pasión: pero preciso es confesar igualmente que el hombre desaparece con frecuencia en sus obras, eclipsado por el ingenio pretencioso. — Sin embargo, juzgar á los hombres de los pasados siglos, segun el espíritu del nuestro, seria mas que necedad, injusticia; y si Petrarca, nutrido, por decirlo así, en el estudio de la antigüedad, abusa de la Mitología, ¿ cómo nos atreveremos á condenarle por ello, cuando apenas hace cuarenta años que de las deidades paganas nos hemos emancipado nosotros?

Difícil es hoy, á la verdad, dejar de sonreirse leyendo en la *cancion primera* (1), cuando refiere que habiendo, como Acteon á Diana, sor-

(1) « Nel dolce tempo della prima etade » etc.

prendido á Laura en el baño, echóle ella agua al rostro, y sintió él (Petrarca) que en *ciervo iba trasformándose*; y la exageracion nos salta á los ojos, al oírle decir que *con sus lágrimas hizo una fuente* al pié de un haya, prodigio que al poeta mismo hace exclamar: « ¿ Quién oyó nunca » decir que de un hombre real y verdadero naciera una fuente? »

Tales y tan exageradas metáforas, é imágenes de tan mal gusto, son el origen y fundamento de las dudas de aquellos que superficialmente no mas han leído á Petrarca: pero dése de mano al oropel mitológico, olvídense los alambicados conceptos, prescindase del eterno jugar del vocablo entre *Laura* y *Laurel*, búsquese al hombre, en fin, y hallarásele tan pronto desvelándose en agradar como descuidado hasta rayar en montañar; siempre minucioso observador de cuanto puede alentar ó desanimar á un amante; de continuo en busca de la que adora, ora fijándose en la piedra que á ella le sirvió de asiento, ora en el espacio á que dió sombra su cuerpo al atravesar la calle; ya por último, deduciendo faustos ó tristes agüeros, del velo que se alzó ó no se alzó al encontrarle, de una sonrisa, de una mirada, de un simple movimiento de cabeza.

Cuando á la imaginacion se le da rienda inventa mas, si no mejores cosas: las puerilidades que acabamos de enumerar no se fingen, son la historia del corazón, siempre sencilla por no decir monótona. — La juventud ardiente y sensual, leyendo el largo poema del amor del Petrarca, difícilmente dejará de impacientarse — y digámoslo claro — de aburrirse; mas su lectura conviene á las almas enfermas, que amaron, y á quienes hizo Dios la gracia de preservarlas de la ligereza de la vejez.

Fué pues el amor del Petrarca real, ardiente, profundo, y muy humano, queremos decir, nada platónico. Si en los límites del espiritualismo se mantuvo, atribuyámoslo á la castidad de Laura, á las santas preocupaciones de la maternidad, pues no tuvo menos de once hijos, y tambien, por mas que nos pese escribirlo, á la costumbre que en aquella época no consentia las visitas particulares. Mas no por esa última circunstancia nos parece menor el mérito de Laura: la costumbre que ella respetó, otras mugeres en su tiempo la salvaron; y siempre le queda la recomendacion no pequeña de *haber huido del peligro para no perecer en él*.

Falsa, á pesar de todo lo dicho, seria la idea que de ella se formara si,

tomando al pié de la letra las quejas del Petrarca, se creyese que fué su virtud de las nimiamente severas que hasta á la mas inocente galanteria son inaccesibles. La sociedad en que Laura vivia era demasiado libre para que maneras tan rígidas no hubiesen puesto en ridículo á la muger que las afectara. Laura, pues, aunque gustaba poco de tratar de amores, hacía cuando á ello se veia obligada ya por la fogosidad de su enamorado, ya por maliciosas alusiones de las personas que la rodeaban, defendiéndose con el desembarazo propio de una muger de mundo; y en prueba de ello citaremos el hecho de haber en cierta ocasion reconvenido á su pretendiente acusándole de que la hacia servir de pantalla para ocultar otros amores.

¿Amó al Petrarca? — Conocióle jóven, bello, seductor; por ella se cubrió de gloria, y en ella supo fijar las miradas de toda la Europa literata; y sin embargo Laura resistió victoriosamente. Que las mugeres decidan ahora la cuestion.

Amar á un gran poeta, apasionado, elocuente, triunfador ebrio de orgullo y de gloria ambicioso; asociarse á su azarosa existencia, por el amor, la actividad, y la sed del saber alternativamente agitada; partir con él las penas, gozar de sus triunfos, alentarle ó consolarle ó moderarle á veces, y tener quizá que perdonarle con frecuencia: todo eso parece bello, y es seductor.... Pero, en realidad, y Dios sea loado, Laura anduvo cuerda y bien inspirada conduciéndose como lo hizo.

Digamos, para concluir, y en gracia de las almas compasivas que pudieran tener de nuestro poeta mas duelo del que en realidad merece, que no dejó de buscar compensaciones á las penas de su corazon; pues segun lo nota el sabio Tiraboschi, tuvo dos hijos naturales, un varon y una hembra, de dos distintas madres. El varon murió á la edad de veinticuatro años en Verona, donde perfeccionaba su educacion; la hija, casada con Francisco de Brossano, fué, dice un biógrafo, la inseparable compañera de su padre y el consuelo en la vejez de sus últimos dias.

El año de 1533, descubrióse en la Iglesia de los Franciscanos de Aviñon, donde Laura estaba enterrada, un sepulcro que se creyó ser el suyo, y que contenia entre los huesos, una pequeña caja de plomo, dentro de la cual encontróse un pergamino sellado con cera verde, y esta leyen-

da: *M. L. M. J.*, que al parecer significan: *Madonna Laura morta jacet.* En el pergamino se leia un mediano soneto atribuido á Petrarca. Hablóse mucho en aquella época del tal descubrimiento; y en el mismo año en que tuvo lugar, pasando Francisco I^o por Aviñon quiso ver el sepulcro de Laura. Visitóle, en efecto; leyó el soneto; volvióle á meter en la caja de plomo sin proferir palabra; y escribió además el conocido epitafio que á continuacion copiamos, aunque en realidad sea una severa crítica del soneto arriba mencionado, de cuanto después dél se ha escrito sobre el asunto, y de las páginas que preceden igualmente. Dicen así los versos de Francisco I^o:

En petit lieu comprins vous pouvez voir,
Ce qui comprend beaucoup de renommée;
Plume, labeur, la langue et le sçavoir
Furent vaincus de l'amant par l'aimée.
Oh gentille âme! étant tant estimée,
Qui te pourra louer qu'en se taisant?
Car la parole est toujours comprimée
Quant le sujet surmonte le disant (1).

E. D'ARAQUY.

(1) Para satisfacer la curiosidad de los que no conozcan la lengua francesa, hé aquí la imperfecta paráfrasis del epitafio de Francisco I^o á Laura:

Mirad á breve espacio reducida
Suma de inmenso afan y eterna fama:
Pluma y saber y lira esclarecida,
Venció en su amante la dichosa dama.
¡Alma gentil! Tu incomparable vida
Silencio humilde, adoracion reclama,
Que mal la lengua se modula al canto,
Si el asunto al cantor excede en tanto.